

En los intersticios del mosaico: cultura e identidad de los exiliados del nazismo en Canadá, 1933-2003

Patrick Farges *

Resumen

El régimen nazi y su propagación por Europa originaron una ola de inmigración forzada (por motivos políticos, raciales y económicos) que a menudo se denomina “exilio”. Para los miles de germano parlantes que encontraron refugio en Canadá, la tierra de exilio se ha convertido en una sociedad de acogida, lo que ha ocasionado fenómenos de aculturación y recomposición identitaria. Estos exiliados, durante medio siglo, han sido testigos de un profundo cambio del Canadá contemporáneo, de una política de inmigración selectiva al multiculturalismo erigido como modo de gestión y de representación de la nación como un mosaico. Si bien algunos exiliados han sabido aprovechar este nuevo paradigma, otros –sobre todo los judíos alemanes y austriacos- se han quedado al margen de los símbolos socioculturales, es decir, en los intersticios del mosaico.

Abstract

The extension of Nazism in Germany and Europe led to political, racial and economic persecutions and hence to forced migration – often called “exile”. For approximately 5000-6000 German-speaking exiles who found refuge in Canada, the haven of exile soon became a new host society, a new home, through phenomena of acculturation and adaptation. Moreover, they became the witnesses of a pivotal period in contemporary Canadian history: in the course of the Twentieth Century, Canada changed its extremely selective immigration policy and adopted “multiculturalism” as a way of managing ethnic difference within the national “mosaic”. Whereas some German-speaking exiles were able to benefit from the new symbolic order, others – especially the German-Jewish and Austrian-Jewish exiles – seem to have fallen literally “in between” the cracks of the Canadian mosaic.

Al pronunciarse a favor de un estudio sobre los procesos de aculturación en el seno de las comunidades de inmigrantes, en perjuicio del interés generado hasta entonces por los “modelos nacionales” de asimilación o integración, Dirk Hoerder y Diethelm Knauf, dos historiadores especializados en historia de las migraciones, querían desde finales de los años 1980, poner de relieve las

* Universidad Paris 8, CRIA (EHESS-Paris)
Traducción de Laurent Marti

similitudes entre realidades emigrantes en EE. UU y en la RFA, cuando el primer país era más bien considerado como un “país de inmigración” y el segundo como un “país de trabajadores inmigrantes”¹, dos representaciones que estaban acompañadas por visiones distintas del emigrante.

Los discursos sobre la inmigración así como los marcos institucionales que acompañan y modifican los flujos migratorios, tienen una influencia recíproca. Este artículo, que se centra en la acogida en Canadá de las personas de habla germana, forzadas a abandonar Europa por las persecuciones nazis, entra en el marco de una investigación sobre la aculturación de éstos².

En la historiografía francófona y germana, la inmigración forzada a menudo se denomina “exilio”. Para referirse a este flujo migratorio peculiar, ni el término “exiliado” ni el de “refugiado” privilegiado en la literatura anglófona, dan plena satisfacción. En efecto, el Canadá de los años 1930 distaba mucho de tener una política de acogida de refugiados, en el sentido en el que se entiende desde la posguerra mundial. La noción de exilio es, en cuanto a ella, antigua e incluye a las personas que huyeron de la Europa nazi en la línea de los exiliados famosos. Ahora bien, ¿qué sucede cuando el país de exilio se convierte en sociedad de acogida? Tras haber privilegiado durante mucho tiempo las visiones biográficas y las personalidades emblemáticas, la investigación sobre el exilio se orienta desde hace poco hacia la problemática de la aculturación, particularmente desde la publicación de la obra dirigida por Wolfgang Benz, *Das Exil der Kleinen Leute* (1991)³, dedicada, en una perspectiva de historia de la vida diaria, al exilio de la “gente corriente”.

Las fuentes empleadas son varias: testimonios, relatos autobiográficos, memorias, cartas, entrevistas de historia oral, archivos asociativos, archivos familiares, etc. En lo que respecta a las entrevistas, retrataremos a aquellos que, habiendo nacido bajo la República de Weimar, eran niños o adolescentes en el momento de su marcha. Estas personas pertenecían desde el punto de vista canadiense, a una generación clave, especialmente emblemática de los desafíos identitarios del Canadá contemporáneo.

Los documentos empleados en nuestra investigación permiten una mayor profundidad a los estudios sobre la aculturación al momento de reconstituir el universo material, afectivo y social de estos emigrantes, así como la dinámica interna de las redes y comunidades; ese nivel de análisis “meso” -intermediario entre el “micro” y el “macro”- acentuado en los estudios migratorios. Con su integración, el emigrante redefine en sus márgenes la esperanza de una sociedad,

¹ Dirk Hoerder, Diethelm Knauf, eds., *Einwanderungsland USA – Gastarbeiterland BRD*, Hambourg, Argument, 1988.

² Procedente de la antropología americana, la noción de aculturación se refiere a los intercambios que se producen cuando algunos grupos o individuos de culturas diferentes entran en contacto y como sus efectos (Cf. Robert Redfield, Ralph Linton, Melville J. Herskovits, « Memorandum for the Study of Acculturation », *American Anthropologist* n° 38, 1936, p. 148-152). Se apoya sobre una definición antropológica de cultura y sobre la noción de interacción directa entre grupos. Esta definición se interesa en las modificaciones que se produce por el contacto, sobre todo en el seno del grupo mayoritario.

³ Wolfgang Benz, ed., *Das Exil der kleinen Leute. Alltagserfahrungen deutscher Juden in der Emigration*, Munich, Beck, 1991.

y de esta forma, contribuyen ampliamente para conformar los debates sobre la identidad. La memoria de los migrantes conservada en los relatos, documentos, memorias o cartas, ilustra y modela en parte las representaciones que la sociedad se hace de sí misma, así como las orientaciones historiográficas que produce. A veces esta memoria se opone al gran relato de la nación canadiense, a la par que participa en ella.

La inmigración en Canadá hasta la década de los sesenta: un repliegue sobre la “cepa canadiense”

Conviene aquí recordar la evolución del discurso sobre la inmigración en Canadá a la luz de un grupo de inmigrantes: los socialdemócratas de los Sudetes. Después de la conferencia de Munich, los Sudetes se integraron a la Alemania hitleriana. Esta región fronteriza, pasó a ser checoslovaca cuando se creó este país en 1918, y su población, es en su mayoría de origen alemán. En marzo de 1939, Hitler anexó la Bohemia Moravia, pero para un grupo de miembros del partido socialdemócrata, la salvación llegó más allá del océano: Canadá aceptó 1200 familias, pero solamente 307 familias y 72 hombres solteros (1053 personas) salieron finalmente ya que los demás no pudieron abandonar la región. En cuanto llegaron a Canadá a principios del verano de 1939, fueron instalados en la región de St. Walburg (Saskatchewan) y en el Distrito del Río de la Paz (Colombia británica), en los terrenos de las compañías de ferrocarril CNR y CPR.

Las compañías de ferrocarril desempeñaron un papel protagonista en el proceso de inmigración a Canadá, ya que incluso antes del final del viaje, los recién llegados ya eran conocidos. En la editorial del *St. Walburg Enterprise* del 23 de marzo de 1939, se puede leer:

Se trata sin lugar a dudas de inmigrantes deseables, pero es recomendable que en cuanto hayan adoptado a Canadá como a su nueva patria, se empapen de los ideales y de las ideas canadienses tan pronto como sea posible. La mejor manera de alcanzar este objetivo es instalarlos de tal manera que se relacionen diariamente con los canadienses asentados.

El artículo es representativo de la percepción de los inmigrantes en la época, el periodista emplea aquí una palabra muy representativa: “inmigrantes deseables” –lo que supone que también existen “indeseables”- es decir, una jerarquía entre los canadienses establecidos y los demás.

Se pueden establecer ciertas constantes en la política de inmigración de Canadá antes de la Segunda Guerra mundial, cuando operaba con una selección étnica y privilegiaba la inmigración de trabajadores manuales, sobre todo agricultores. La política de inmigración canadiense es ampliamente llevada *ad hoc* y guiada por consideraciones económicas al servicio de una visión estrecha de Canadá.

Si los criterios fluctúan un poco a lo largo del tiempo, el principio de una lista de preferencias prevalece. En la entreguerras, la inmigración estuvo marcada por la elaboración de una clasificación, de acuerdo a una supuesta “asimilación”. Se diferencian así a los inmigrantes “preferidos” de los “no preferidos”. Los primeros son “homogéneos” con la “cepa canadiense” (una cepa en la que la población

autóctona está por supuesto excluida), y que excluye a Europa central, oriental y meridional. En lo más bajo de la escala se encuentran los inmigrantes del resto del mundo. Además había los inmigrantes “prohibidos” –criminales, enfermos y “revolucionarios”-, y algunas categorías de inmigrantes “imposibles de asimilar” como los judíos. En el contexto de la crisis económica y de un repliegue sobre la “cepa canadiense”, la legislación sobre la inmigración es drásticamente restringida por los decretos ley de 1930 y 1931, de tal forma que solo son admitidos los agricultores con los fondos exigidos, así como los naturales de Gran Bretaña y de Estados Unidos de Norteamérica. La reagrupación familiar también continúa siendo admitida.

A pesar de las restricciones, el gobierno dispone de un importante margen de maniobra para tratar los casos particulares con “permisos especiales”. En ningún momento la cuestión de las personas que huyen de Europa es tratada con medidas específicas. Las autoridades se muestran reacias ante cualquier compromiso, como lo demuestra la actitud de la delegación canadiense en la conferencia de Evián sobre los refugiados en julio de 1938⁴. Entre 1933 e inicios de la guerra, Canadá trató a los exiliados como simples inmigrantes, aplicando una política selectiva e interesada. Las cifras exactas de la acogida de refugiados en los años 1930 siguen siendo difíciles de establecer, en la medida en que las estadísticas de inmigración no reflejan el estatuto de los entrantes; No obstante, Puckhaber determinó que unos 5000 alemanes que llegaron entre 1933 y 1945 se convirtieron en residentes permanentes⁵.

Además de las personalidades o individuos que consiguieron entrar con “permiso especial”, los exiliados en Canadá pertenecen a dos grupos principales. En primer lugar está el ya mencionado grupo de los socialdemócratas de los Sudetes. Por otro lado, en junio de 1940 Canadá aceptó hacerse cargo de 2000 hombres internados por Gran Bretaña como “naturales de países enemigos”. Se trata en su mayoría de judíos alemanes y austriacos que se habían refugiado en Gran Bretaña⁶. Estos hombres pasaron varios meses en los campos de internamiento canadienses, ya que las últimas liberaciones lugar hasta 1943; y aproximadamente la mitad de ellos eligió ser liberado en territorio canadiense.

La orientación en la política de inmigración y cierto antisemitismo institucional, propiciaron que los diferentes grupos de exiliados se enfrentaran unos con otros. Los socialdemócratas de los Sudetes tuvieron la suerte de recibir el apoyo del alto comisario de Canadá en Londres, que insistió en el hecho de que en su mayoría eran católicos. En una carta del 2 de diciembre de 1938 dirigida al primer ministro se revela el verdadero significado político de esta observación: “Si pudiéramos hacernos cargo de un número sustancial, ello nos colocaría en una posición mucho más favorable frente a exigencias venideras a favor de no Arios”, refiriéndose este último calificativo a los exiliados judíos candidatos a la inmigración. Deja entender una verdadera diferencia entre categorías de

⁴ Cf. Irving Abella, Harold Troper, *None Is Too Many – Canada and the Jews of Europe 1933-1948*, Toronto, Lester, 1983, en particular p. 16-37.

⁵ Annette Puckhaber, *Ein Privileg für wenige – Die deutschsprachige Migration nach Kanada im Schatten des Nationalsozialismus*, Münster, Lit, 2002.

⁶ Entre éstos se encuentra sobre todo Ernst Hanfstaengl (1887-1975), antiguo amigo íntimo de Hitler. Cae en desgracia en 1934 y se refugia en Inglaterra en 1937.

refugiados. El Canadá de los años 1930 y 1940 siguió siendo una sociedad de acogida cerrada, atravesada por corrientes nativistas y xenófobas.

Los exiliados de origen alemán se enfrentaron a reacciones hostiles antisemitas, y en menor medida, reacciones antigermánicas reactivadas cuando Canadá entró en la contienda. Existe en Canadá un antisemitismo muy difundido.

Si el antisemitismo de Québec, a la par racial y religioso, es un aspecto ampliamente debatido, pero no era exclusivo de esta provincia⁷. Los exiliados a menudo han sido doblemente estigmatizados tanto por el antigermanismo como por el ambiente de antisemitismo. Muchos exiliados “eligieron” cambiar y hacer inglés su apellido, no hablar más en alemán y/o casarse con canadienses de origen. Si es imposible disimular un acento, aunque se puedan ocultar los orígenes. Antes de hablar de elección libremente consentida, es preciso referirnos más bien a la adaptación como una obligación social.

Del mosaico al multiculturalismo ¿Cómo administrar la diferencia?

Existe en la historiografía canadiense en el siglo XX una gran tensión entre “lo nativo” y “pluralismo” en la representación de la identidad nacional. Canadá es percibido como una nación de inmigrantes, pero sus cimientos están asentados sobre la dominación de un grupo sobre otro: colonos/autóctonos, mayoría anglófona sobre una minoría francófona, canadienses de cepa/nuevos inmigrantes, etc. Sin embargo, la realidad multiétnica ha ejercido una influencia determinante sobre el progreso económico y social, una influencia reconocida y celebrada desde hace solamente treinta años. En virtud de la importancia de la inmigración en la construcción de Canadá y de Estados Unidos de Norteamérica, no es de extrañar que ocupe un lugar central en su historiografía y en sus representaciones imaginarias.

Desde la década de los sesenta, para los Estados Unidos de Norteamérica y 1970 para Canadá, una “nueva historia” de la inmigración reveló las grietas del modelo de asimilación imperante hasta ese momento.

Esto se representa en una literatura compuesta, resultado de la historia social, de la historia del trabajo y de la sociología de los grupos étnicos. Respecto a los Estados Unidos de Norteamérica donde el mito de “crisol”, a pesar de ser cuestionado, sigue ejerciendo una gran atracción ante los inmigrantes mismos. El discurso canadiense sobre inmigración se ha erigido en oposición, a veces declarada con ese modelo, ya que la representación que domina en este último es la de un “mosaico” de pueblos. Este concepto, que apareció en Canadá desde el período de entreguerras, se difundió a finales de los años 1930, aunque esta representación es anterior a un pensamiento político coherente de la diversidad.

Desde 1965, el sociólogo canadiense John Porter recalca que la segmentación del mosaico canadiense se realizaba según criterios

⁷ Cf. Lita-Rose Betcherman, *The Swastika and the Maple Leaf – Fascist Movements in Canada in the Thirties*, Don Mills, Fitzhenry, 1975.

socioeconómicos más que étnicos, de manera “vertical”⁸. Sin embargo, ha sido la acepción étnica del término la que se ha impuesto en el discurso canadiense sobre inmigración, y en la formulación política del “multiculturalismo”. Los mismos grupos étnicos han instrumentalizado el término, para poner de relieve la diversidad cultural en el seno de los grupos étnicos⁹.

La introducción oficial del multiculturalismo en Canadá vino a coronar cierta visión de la diversidad canadiense y de la identidad nacional. La formulación de una política multicultural fue consecuencia de las conclusiones de la Comisión Real de Investigación sobre el Bilingüismo y el Biculturalismo¹⁰, que llevaron al primer ministro Trudeau a formular en 1971 su política de “multiculturalismo en un marco bilingüe”, en la que ningún grupo étnico tendría preferencia sobre otro.

Esta política consta de tres componentes principales: se trata en primer lugar, de una descripción de la realidad *demográfica* de Canadá después de 1945; en segundo lugar, es una representación *simbólica* de una nación ideal, que es el aspecto que diferencia a Canadá de los Estados Unidos de Norteamérica; y finalmente, el multiculturalismo engloba también medidas *presupuestales*, así como la creación de instituciones a nivel federal y provincial de apoyo a la “diversidad”, es decir, la parte *institucional* del multiculturalismo.

En su dimensión historiográfica, esta parte sólo merece una presentación sucinta. Una de las primeras medidas institucionales fue recolectar una importante documentación sobre la presencia de grupos étnicos en Canadá. Desde 1972, los Archivos nacionales de Canadá establecieron un programa de recolección de los fondos “étnicos”, que se acompañó de un importante trabajo de nomenclatura, responsable de cierta impermeabilidad entre memorias inmigrantes. Por otro lado, historiadores e investigadores en ciencias sociales consiguieron financiamiento para estudiar los grupos étnicos y su influencia y publicar los resultados.

Sin embargo, las ayudas se han reducido drásticamente en los últimos tiempos, lo que muestra de una pérdida de interés por el multiculturalismo por parte de los políticos. Para Richard Day¹¹, el multiculturalismo canadiense debe entenderse como un discurso público sobre la diversidad para administrar de manera institucional la diferencia. Retrata la continuidad entre el discurso colonial, la metáfora del mosaico y el concepto de multiculturalismo. Estos regímenes discursivos enumeran diferencias, y de esta forma las objetivan: ocultan un trabajo de división y de diferenciación.

Los verdaderos problemas planteados por la gestión de la diversidad, como el estatuto de las poblaciones autóctonas, la posición histórica de los francófonos

⁸ John Porter, *The Vertical Mosaic – An Analysis of Social Class and Power in Canada*, Toronto, University of Toronto Press, 1965.

⁹ Cf. Morton Weinfeld, William Schaffir, Irwin Cotler, eds., *The Canadian Jewish Mosaic*, Rexdale, J. Wiley, 1981; Gerhard P. Bassler, *Das deutschkanadische Mosaik heute und gestern*, Ottawa, Congreso germanocanadiense, 1991.

¹⁰ Debía “recomendar las medidas que tomar para que la Confederación canadiense se desarrollase según el principio de igualdad entre los dos pueblos que la fundaron, dada la aportación de los demás grupos étnicos al enriquecimiento cultural de Canadá” (*Rapport de la Commission royale d'enquête sur le bilinguisme et le biculturalisme*, Vol. 1, Ottawa, Imprimeur de la Reine, 1967, p. xi).

¹¹ Richard J. F. Day, *Multiculturalism and the History of Canadian Diversity*, Toronto, University of Toronto Press, 2000.

o la marginación de algunos grupos, son así ocultados a favor de una “folklorización” que hace hincapié en los festivales, los barrios étnicos o la diversidad culinaria. Si la representación multicultural de Canadá ha proporcionado una visibilidad y una legitimidad a las diferencias etnoculturales, también ha dado lugar a categorías poco flexibles del análisis de lo social. En una perspectiva historiográfica, el multiculturalismo ha abierto el camino a representaciones y memorias etnoculturales distintas y a veces en competencia entre sí, como es el caso en particular de las historiografías judeo-canadiense y germano-canadiense tal y como se cristalizan en los años 1970 y 1980.

Los sudetes y la causa germano-canadiense

Si existe una dimensión coyuntural en la aparición de estas historiografías “compuestas”, ésta se ha mantenido en el tiempo. Hasta en los años 1990, la historia de los inmigrantes en Canadá se ha escrito en términos de contribución a la nación: una aportación positiva legitimaba la posición de orgullo respecto del grupo étnico. Es la razón por la cual estas historias han generado fricciones en algunos puntos de contacto, y que escasamente han sido tematizadas¹². Se ha asistido también a una instrumentalización de los éxitos individuales que recaen sobre el grupo.

La historiografía multicultural a menudo utiliza un repertorio retórico limitado: la evocación romántica de una cultura, y la descripción culturalmente determinista de los compatriotas y de sus rasgos culturales, catálogo de los miembros de la comunidad reconocidos –en su mayoría hombres. Esta literatura traduce los objetivos políticos de sus autores, procedentes a menudo de esas mismas comunidades, cuya finalidad es presentar a su grupo como “nación fundadora”. Sólo desde hace relativamente poco tiempo ha aparecido una reflexión historiográfica, como las obras de la historiadora Franca Iacovetta¹³, que se refiere a la poca competencia entre grupos y los conflictos de legitimidad en el seno de cada uno de ellos. Es este último punto el que queremos tratar ahora. En las actas de la reunión inaugural de estudios germanocanadienses en mayo de 1976 en el Collège St. Michel de la Universidad de Toronto, se refleja la ambivalencia de este tipo de investigación. Se trataba desde luego de documentar la presencia alemana en Canadá, pero sobre todo de dar un lugar a este grupo étnico en el seno del abanico multicultural, es decir, de construir *ex post* una coherencia para un grupo que hasta entonces había permanecido bastante

¹² Uno de los pocos ejemplos se refiere al conflicto entre las memorias judeocanadienses y ucranianocanadiense a propósito de los criminales de guerra nazis en Canadá (cf. Harold Troper, Morton Weinfeld, *Old Wounds – Jews, Ukrainians and the Hunt for Nazi War Criminals in Canada*, Markham, Penguin, 1988). Este problema llevó a la constitución de la Comisión Deschênes en 1985. Los autores del informe final (1987) comprobaron que las estimaciones sobre el número de criminales presentes en Canadá era muy exagerado, y establecen sin embargo, una lista con una veintena de criminales reconocidos, así como una lista de científicos y de técnicos alemanes admitidos en la posguerra (cf. James E. MacKenzie, *War Criminals in Canada*, Calgary, Detselig, 1995).

¹³ Franca Iacovetta, *Les immigrants dans l'historiographie anglo-canadienne*, Ottawa, Société historique du Canada, 1997.

invisible. Esta investigación ha dado lugar a resultados interesantes, desde luego, pero sobre todo a nivel local ha permitido delimitar un campo. Aunque también se caracteriza por una historiografía que no toma en cuenta los contextos, ni los regímenes de historicidad¹⁴, de tal forma que esta literatura ha dejado numerosas zonas sin esclarecer¹⁵.

En el seno del exilio de origen alemán en Canadá, los itinerarios de dos grupos principales –exiliados políticos y exiliados judíos- deben de clasificarse en diferentes niveles. Si estos grupos han sido enfrentados desde el principio por las autoridades de inmigración, otros aspectos también los oponen: los socialdemócratas de los Sudetes se asientan en las zonas apartadas de las provincias del oeste, verdaderas “fronteras de la civilización”, que a pesar de su origen -obreros y funcionarios bajos- supieron enfrentarse a los rigores del clima canadiense. Sus relatos describen el combate contra la naturaleza, los inviernos y el aislamiento de los primeros años. En 1974, tras 35 años de presencia en Canadá, se conmemora este espíritu pionero:

Y así fue como se pusieron a trabajar. Aprendieron a talar árboles, aprendieron a construir casas y establos, aprendieron a manejar un tractor y a cultivar la tierra, y a llevar por la rienda unos caballos que no siempre eran muy mansos¹⁶.

Willi Wanka, co-organizador de la inmigración del grupo, escribe en sus memorias:

Fue con el sudor de nuestra frente, incluso a veces con nuestras lágrimas, como ganamos nuevas tierras arables, alejando así cada vez más la *frontier*, esa frontera de la civilización, en las comarcas del norte de las provincias de Colombia británica y de Saskatchewan¹⁷.

En este aspecto, los relatos de los socialdemócratas de los Sudetes exiliados en Canadá se funden con el discurso dominante en el seno de la historiografía germano-canadiense, que se caracteriza por poner de relieve el papel pionero de los “alemanes” en Canadá, donde las pequeñas historias acaban alimentando el gran relato de la presencia germana. De esta manera, toda una parte de la literatura histórica germano-canadiense se dedica a demostrar que los alemanes (definidos en el sentido amplio por su comunidad de idioma) son la “tercera fuerza”, uno de los grupos fundadores además de los anglófonos y los francófonos.

¹⁴ Se asiste así en 1986 a la reedición de un libro sobre los alemanes en Canadá escrito en 1937, en plena ola « volkisch ». ¡A pesar de estar expuesta en perspectiva, esta obra se presenta como una referencia en materia de investigación germanocanadiense! (Heinz Lehmann, *The German Canadians 1750-1937*, trad. e intro. Gerhard P. Bassler, St. John's, Jespersion, 1986).

¹⁵ Cf. Angelika E. Sauer, Matthias Zimmer, eds., *A Chorus of Different Voices – German-Canadian Identities*, New York, P. Lang, 1998. Desde la creación en Winnipeg de una cátedra de estudios germanocanadienses, este tipo de investigación se ha hecho más (auto)crítica.

¹⁶ « Vor 35 Jahren », *Forward / Vorwärts*, n° 26.3/4., mars-avr. 1974, p. 2.

¹⁷ Willi Wanka, *Opfer des Friedens – Die Sudetensiedlungen in Kanada*, Munich, Langen Müller, 1988, p. 19.

Tal vez por que no son exactamente “alemanes”, los alemanes de los Sudetes se identifican muy pronto con la causa germano-canadiense y se convierten, por su actividad asociativa, en vectores de difusión de una identidad comunitaria. Así en 1941, en medio de la guerra y cuando los germano-canadienses son considerados como “naturales de un país enemigo”, Emil Kutscha, que muy pronto dejó la granja que le había sido concedida en la región de St. Walburg para buscar trabajo en la ciudad, creó la primera asociación sudeta en Hamilton (Ontario), en donde se habla alemán y se cultiva una sociabilidad heredada de Bohemia.

En 1947, Henry Weisbach creó el club “*Forward/Vorwärts*” en Toronto, el cual poseía un periódico mimeografiado, el *Vorwärts*, que se publicaba sin interrupción en alemán hasta los años 1990. Manteniendo su apego a los valores de la socialdemocracia, tal como así lo reflejan el nombre de la asociación y el compromiso de sus miembros en el seno de la izquierda canadiense, el club se convirtió en el motor de un acercamiento, primero local y luego a mayor escala, entre diferentes asociaciones germánicas.

En mayo de 1951, Weisbach y Kutscha forman parte de la creación de la *Canadian German Alliance*, que es una “federación los clubes y asociaciones germanas en Canadá para la promoción de la cultura, de los valores sociales y de la buena ciudadanía canadiense”. Weisbach también fue presidente, entre 1967 y 1974, de la *Trans-Canada Alliance of German Canadians* que intentó agrupar a diferentes asociaciones germano-canadienses.

Desde los años cuarenta se dibujó pues una doble orientación de la actividad asociativa de los socialdemócratas en el exilio, es decir, una integración en el tejido asociativo y cultural germano-canadiense y un profundo apego por la causa sudeta, sobre todo tras la expulsión de las poblaciones de etnia germana después de la guerra. Es este último punto que consolida el compromiso de los Sudetes en favor de la apertura a la inmigración de Canadá.

El 23 de junio de 1947, Willi Wanka y Frank Rehwald –otro coorganizador de la emigración en 1939- participaron en una reunión del *Canadian Christian Council for the Resettlement of Refugees*, que se refiere a las “personas desplazadas”. A partir de mayo de 1947, los parientes desplazados de residentes canadienses tienen derecho a inmigrar. Sin embargo, los “alemanes”, explícitamente aquellos que siguen siendo denominados “*Volksdeutsche*”, son sistemáticamente excluidos de este proceso. Es por eso que los socialdemócratas de los Sudetes que llegaron a Canadá en 1939, se unieron con los “Suabos del Danubio” y con los “alemanes del Báltico”, para defender sus intereses comunes. El gobierno terminó cediendo y Wanka fue enviado a los campos de personas desplazadas en Alemania para facilitar su emigración.

Por muchos aspectos, la lectura étnica que se impuso en Canadá después de la Segunda Guerra Mundial fue totalmente adoptada por los socialdemócratas de los Sudetes exiliados en 1939. Por otra parte, éstos contribuyeron con la creación de este marco, por el compromiso asociativo y personal de algunos a favor de una identidad germano-canadiense. Sus relatos están marcados por la voluntad de remarcar su arraigo en el suelo canadiense, y sus vivencias del trabajo pionero de la tierra. Sus “*success stories*” cobran sentido retrospectivamente, ya que los obstáculos iniciales hacen que la integración sea

meritoria, aunque cabe subrayar aquí que para las autoridades, estos exiliados eran desde un principio “deseables”. En cambio, los relatos de los exiliados judíos de origen alemán, hacen eco de una grieta, ya que a pesar de estar perfectamente integrados económicamente, su historia cae, por decirlo de alguna manera, en los intersticios del mosaico canadiense.

En los intersticios del mosaico: los judíos alemanes

Los judíos alemanes (o austriacos), se sentían alemanes ante todo, y judíos. Estos últimos asimilados eran poco practicantes, incluso a veces conversos hacía una o dos generaciones, y miraban con cierto desprecio a los “judíos del este” procedentes de las olas de inmigración más recientes. Algunos sólo tuvieron que hacer frente a su “condición judía” cuando entraron en vigor las “leyes raciales”. Su trayectoria en el exilio planteó la cuestión retrospectiva de la existencia de una “simbiosis judeo-alemana”¹⁸, y de su supervivencia después de Auschwitz. Esta simbiosis –cuya idealización retrospectiva no es inocente-, es ante todo un malentendido de una ilusión trágica, el producto de un monólogo interno de la comunidad judía secularizada. Sin embargo, fue intensamente vivida por dos o más generaciones y dio lugar a una memoria específica. Los exiliados judíos expresan en sus testimonios un sentimiento de menos nostalgia por una simbiosis que debe ser puesta en tela de juicio a la luz de los acontecimientos posteriores, que por la densidad de los lazos socioculturales a los que dio lugar y en los que fueron socializados. Estos exiliados son portadores de una memoria judeo-alemana, que a veces se transmite como un lastre. Sus relatos guardan los rastros de esta memoria, cuentan una cultura que ya ha dejado de ser, que se ha vuelto ampliamente incomprendida.

La comunidad judía de Canadá –la inmediata comunidad de acogida de estos exiliados- no se mostró muy entusiasmada ante esta cultura. En los años 1930 y 1940, siguió estando dominada por los judíos de Europa central *yiddishparlantes*. Los exiliados eran considerados como “ciudadanos de a pie, arrogantes e ingratos ante las posibilidades maravillosas ofrecidas por el Nuevo Mundo”¹⁹. Esta incompreensión inicial se refuerzó después de la guerra, aislando todavía más a los “*yeckes*”, esta generación de judíos alemanes exiliados. El descubrimiento de las atrocidades nazis generó una toma de conciencia en el seno de la comunidad judía canadiense, lo que permitió poner en tela de juicio el pasado antisemita de Canadá. Irving Abella describe a la comunidad judía de posguerra de la siguiente manera:

El mundo se había convertido en un entorno demasiado peligroso para que los judíos se permitieran el lujo de conflictos y divisiones internas. (...) Las energías judías estaban totalmente volcadas en la protección del Estado de Israel para acoger a los supervivientes de la Shoah y a derribar las barreras sociales. Un juego de palabras *Yiddish* calificaba a los

¹⁸ Este término ha sido tomado prestado a Enzo Traverso que prosigue con la reflexión de G. Scholem (*Les Juifs et l'Allemagne – de la « symbiose judéo-allemande » à la mémoire d'Auschwitz*, Paris, La Découverte, 1992).

¹⁹ W. Gunther Plaut, *Unfinished Business – An Autobiography*, Toronto, Lester, 1981, p. 58.

judíos de posguerra como “generación *sha-shitll*”, literalmente como generación silenciosa²⁰.

Las nuevas prioridades de la comunidad judía, relativamente unida en torno al Congreso Judío Canadiense que se había convertido en el órgano de la comunidad, excluían las voces disidentes y la memoria alternativa de la que eran portadores los exiliados. Este sentimiento de malestar a menudo se expresa en las entrevistas; se tiene la impresión de no haber encontrado su lugar, incluso después haber pasado seis décadas en Canadá.

Se asiste en los años 1970 y 1980, a un verdadero divorcio historiográfico reforzado por los mecanismos inherentes a la política de multiculturalismo. De esta forma tanto en la historiografía germano-canadiense como en la historiografía judeo-canadiense se oculta la complejidad de las relaciones entre inmigrantes cristianos y judíos procedentes de Alemania en el seno de las *Little Germanies* en el siglo XIX²¹. Ahora bien en los Estados Unidos de Norteamérica, aunque también en menor escala en Canadá, la emigración de judíos de Alemania después de 1848 formó parte integrante de la emigración de los alemanes en general, como lo han demostrado estudios recientes.

Cabe señalar que algunas fuerzas en el seno de la comunidad germano-canadiense no facilitaban el diálogo. Así un colectivo de padres de origen alemán se indignó en los años 1980 porque el Departamento de Historia de la Universidad de Toronto propuso clases sobre el Shoah. En la circular que firman los padres de los estudiantes, se habla de “propaganda sionista odiosa, parcial y poco escrupulosa”. El Shoah –llamado “Holocausto” en el contexto norteamericano- se convirtió en el elemento estructural para la comunidad judía canadiense, pero entró en las conciencias mas tarde.

Se pueden distinguir distintas fases en esta toma de conciencia. Antes de 1960 el trauma todavía era muy importante. En la década de los sesenta, se realizó el trabajo de recolección de testimonios, en especial en el ámbito local. Desde la década de los setenta, la Shoah se ha convertido en un verdadero “indicador de identificación étnico”: la identificación con los sufrimientos del Shoah se ha convertido en uno de los pilares de la memoria colectiva y en uno de los instrumentos de diferenciación etnocultural²².

El identificarse con los sufrimientos del Shoah se ha convertido en una estrategia aceptada de afirmación de la propia identidad (y de unidad) étnica en el marco de una sociedad multicultural. Ahora bien los exiliados escaparon del Shoah, pero su historia no tiene la misma fuerza ni su testimonio la misma legitimidad. Si sobrevivieron al exterminio de los judíos europeos fue gracias a su exilio, pero no por ello son “*Holocaust survivors*”, aunque sus voces y testimonios son escuchados. Ocupan un lugar aparte en la comunidad judía y, por

²⁰ Irving Abella, *A Coat of Many Colours – Two Centuries of Jewish Life in Canada*, Toronto, Lester, 1990, p. 226.

²¹ El estudio de Karin Gürtler sobre la Sociedad Alemana de Montreal aquí hace figura de excepción (*Geschichte der Deutschen Gesellschaft zu Montreal, 1835-1985*, Montréal, Société Allemande, 1985).

²² Cf. Franklin Bialystock, *Delayed Impact – The Holocaust and the Canadian Jewish Community*, Montréal & Kingston, McGill-Queen’s UP, 2000.

consiguiente, en el mosaico canadiense debido a su memoria compleja y multidimensional.

Conclusión

En medio siglo, Canadá ha pasado de una visión estrecha de la “cepa canadiense” a una realidad y una representación multiculturales. El multiculturalismo se ha impuesto, en efecto, como aparato metafórico para caracterizar a la nación y como desafío de una política oficial, a la par institucional y memorial. Convertido en un cruce de grupos culturales, el Canadá posterior a 1945 necesitó de un buen aparato analítico, capaz de dar cuenta de los complejos cruces entre actores sociales. El cambio profundo de mentalidad que ha vivido Canadá en un plazo tan corto es remarcable.

El multiculturalismo como modo de gestión le ha permitido a Canadá dar una visibilidad y una legitimidad a la diversidad etno cultural, ofreciendo una imagen positiva de un mosaico de los pueblos, aunque también se ha intentado disolver la especificidad francófona y alentado sobre todo la formación de criterios fijos y la competencia entre grupos étnicos. Aquí hemos tratado de la parte historiográfica y conmemorativa centrándonos en el caso de los exiliados, los cuales a pesar de un contexto político desfavorable, entraron en el territorio canadiense y rehicieron su vida ahí, por lo que pertenecen a una generación testigo de estos cambios.

Por muchos aspectos, ellos mismos han sido los vectores de estos cambios. Si los socialdemócratas de los Sudetes supieron sacar partido del marco multicultural y participar activamente en la construcción de una identidad germanocanadiense, los judíos alemanes o austriacos se encontraron en una posición en falso, ya que fueron portadores de una memoria difícil e ilusoria, una “simbiosis judeo-alemana”, que no es ni germano-canadienses, ni judeo-canadienses, es decir, que cayeron en los intersticios del mosaico canadiense, y hasta ahora no han encontrado verdaderamente su lugar. Su historia es la de una integración socioeconómica sin sentimiento de pertenencia, ¿de una asimilación sin aculturación? Sin embargo y paradójicamente, en general los exiliados tienen la mayor facilidad para declararse “canadienses”, como lo demuestran sus declaraciones en las entrevistas, memorias y autobiografías. La identificación con Canadá se convierte entonces en una manera cómoda de resolver las dificultades de orden biográfico. Como no siempre entran verdaderamente en una categoría étnica –la puerta grande para adquirir ese sentimiento de pertenencia-, recurren a una categoría blanda y fluctuante, a una identidad a la carta fuera del menú diario.

Bibliografía

- ABELLA Irving, TROPER Harold (2000) *None Is Too Many – Canada and the Jews of Europe 1933-1948* [1983], Toronto, Key Porter Books.
- BENZ Wolfgang (1991) ed., *Das Exil der kleinen Leute. Alltagserfahrungen deutscher Juden in der Emigration*, Munich, Beck.
- BIALYSTOCK Franklin (2000) *Delayed Impact – The Holocaust and the Canadian Jewish Community*, Montréal & Kingston, McGill-Queen's University Press.
- Richard J. F. (2000) *Multiculturalism and the History of Canadian Diversity*, Toronto, University of Toronto Press.
- HOERDER, Dirk (1999) *Creating Societies: Immigrant Lives in Canada*, Montreal & Kingston, McGill-Queen's University Press.
- IACOVETTA, Franca (1997) *Les immigrants dans l'historiographie anglo-canadienne*, Ottawa, Société historique du Canada.
- KELLEY, Ninette, TRELILCOCK Michael (1998) *The Making of the Mosaic – A History of Canadian Immigration Policy*, Toronto, University of Toronto Press.
- PALMER Howard (1991) *Les enjeux ethniques dans la politique canadienne depuis la Confédération*, Ottawa, Société historique du Canada.
- PUCKHABER, Annette (2002) *Ein Privileg für wenige – Die deutschsprachige Migration nach Kanada im Schatten des Nationalsozialismus*, Münster, Lit.
- TRAVESO, Enzo (1992) *Les Juifs et l'Allemagne : de la « symbiose judéo-allemande » à la mémoire d'Auschwitz*, Paris, La Découverte.